

BREVE ESQUEMA DEL PROCESO DE INDOGERMANIZACION DE ESPAÑA

Por A. GARCIA Y BELLIDO

Celtas e iberos en los textos antiguos.

Es evidente que los geógrafos e historiadores antiguos cuyos textos han llegado a nosotros distinguían en la Península dos pueblos diversos, tanto por la lengua como por las costumbres y creencias. Ambos pueblos, o grupos étnicos, son los llamados *iberos* y *celtas*. La mezcla de unos y otros dió por resultado el pueblo llamado por los antiguos *celtiberos*. Estas denominaciones—como es sabido—se encuentran por doquier en los escritores griegos y romanos. El testimonio más expresivo de esta diferenciación lo hallamos en Plinius, que estuvo en España. Al hablar el naturalista del grupo *céltico* de las orillas del Guadiana, al Sur de Mérida, dice textualmente: «Son *célticos*, venidos de la Lusitania y oriundos de los *celtiberos*, como se desprende de su religión, de su lengua y de los nombres de sus ciudades»¹. Testimonios similares y abundantes, aunque menos explícitos, encuéntranse también en Diódoros de Sicilia, principalmente en el libro V, y en Strábon, Ptolemaíos, Markianós de Heráklea y otros.

Distribución geográfica según los textos.

Del estudio y colación de estos textos surge clara la idea de que los iberos ocupaban, aproximadamente, toda la faja costera mediterrá-

1. *Celticos a Celtiberis ex Lusitania advenisse manifestum est sacris, lingua, oppidoru,m vocabulis.* PLIN. N. H. III 13.

nea y todo el mediodía de la Península; que los lusitanos propiamente dichos eran iberos o de su estirpe; que los celtas eran otras gentes, claramente diferenciables de los anteriores, que ocupaban el Centro y NO. de la Península, aunque no por completo, y que en la región del Jalón y el nacimiento del Duero y Tajo vivían los celtiberos, mezcla de iberos y celtas, como explícitamente dice Diódoros.

Conviene sentar estos principios bien claros, pues, últimamente, ha habido arqueólogos y lingüistas que han enturbiado las aguas con proposiciones sumamente atrevidas, confundiendo lo que antes era claro, y ello no más que por lanzar, con una falta de responsabilidad que asombra, una nueva teoría más. En la Península, a la llegada de los romanos, por lo menos, había ya dos elementos étnicos, dos lenguas, dos culturas fundamentales y distintas: la ibérica y la céltica.

Sobre otros problemas.

Esto es lo que nos dicen los textos. Pero estos textos callan otros extremos que interesan mucho a la Historia. El principal de todos es, como puede suponerse, el de la data asignable a esta presencia de *celtas* en España; otro, también capital, es el de saber si se trata de una sola o de varias oleadas; un tercero es el de la distribución por la Península de estos elementos centroeuropeos advenidos a ella y el averiguar hasta qué punto podrían identificarse con algunos de las entidades étnicas menores cuyos nombres antiguos conocemos gracias a los textos.

Sólo hay dos procedimientos para contestar a estas tres trascendentales preguntas: la arqueología y la lingüística, y mejor aún que una u otra, las dos, trabajando de consuno.

Los resultados provisionales a que se ha llegado hasta el día no van siempre de acuerdo. Discrepan a veces unos investigadores con otros, se separan en ocasiones las deducciones arqueológicas de las lingüísticas. Con todo, pueden ofrecerse algunos puntos de vista generales que podrían aceptarse como base de nuevas y futuras investigaciones.

Las penetraciones célticas.

Hasta hace aún pocos años no se conocían más penetraciones célticas que la que se podía colocar, aproximadamente, en el siglo VI antes de J. C. Pero hoy día se sabe ya con certeza que antes de ella hubo otras, que hemos de considerar como avanzadas de la del siglo VI. Es

más, puede asegurarse también que, después de ésta, hubo aún algunas más, de menor trascendencia y fundamentalmente pacíficas, que fueron penetrando esporádicamente en la Península al amparo del orden romano, tal p. e., la del año 49 antes de J. C. ²

Es seguro también que estos elementos llamados *celtas* son, en términos más generales, elementos raciables de sangre y lengua indoeuropeas. Es muy probable, asimismo, que con estos *celtas* hayan venido también otros elementos «no celtas», pero en todo caso igualmente «centroeuropeos». Es también cosa sumamente probable que estos «centroeuropeos» no debieron ser otra cosa que nuevos refuerzos, frescas aportaciones sanguíneas que vinieron a sumarse a elementos raciables muy anteriores, del mismo origen, constatables ya en la Península desde el Paleolítico.

Las gentes de los «campos de urnas».

Respecto de las más recientes, que son las más importantes, sin duda, por su cantidad y su trascendencia histórica y étnica, sabemos por la arqueología y la lingüística que hacia los siglos IX u VIII antes de J. C. debió de haber en Europa un movimiento de pueblos que provocó una especie de inundación racial en su parte más occidental, originada por la llegada de ciertos elementos conocidos principalmente por el tipo de sus enterramientos. Estos enterramientos son los llamados «campos de urnas», versión española de la designación alemana *Urnenfelder*. Fundamentalmente consisten en enterramientos de incineración, en los que las cenizas del muerto eran guardadas en vasijas de panza abultada, decoradas con incisiones dibujando meandros, zigs-zags, rayas horizontales, etc. Estas vasijas, cubiertas con un plato a modo de cuenco o con unas lajas planas, se enterraban en fosas, a veces revestidas de otras lajas planas de piedra y en algunos raros casos con unas piedras rodeando al vaso. No tenían pues cubrición tumular.

Estas gentes, probablemente muy complejas en su constitución sanguínea, pero fundamentalmente «indogermánica», habitaron primero en el Occidente de Alemania (región rhenana); luego, tras de correrse por Francia, algunas de sus hordas debieron de ir penetrando, aisladamente, en España. Al menos está comprobada la presencia de estas

2. CAESAR, B. C. I 51. Véase sobre ella mi estudio en «Archivo Español de Arqueología», n.º 81, 1951.

gentes en Cataluña y parte de Aragón, en una fecha aun imprecisable, pero que debe corresponder al siglo IX y VIII. Parece ser que estos «indogermanos», acaso aun no «celtas», en sentido estricto, llegaron en pequeña cantidad, a juzgar por el hecho aparente de que fueron absorbidos pronto por la población indígena preexistente. A ellos se les ha atribuido algunos topónimos terminados en *-dunum* y en *-acum*, tales como *Virodunum* = Verdún (los franceses y el español de la provincia de Huesca), y *Mogontiacum* (Maguncia - Mainz). Probablemente los *beribraces* de España vinieron también en esta oleada (cfr. con los *bibroci* de Bretaña).

Las gentes de la «cerámica excisa».

Otra penetración centroeuropea algo posterior a la de los «campos de urnas» aparece clara, arqueológicamente, en el grupo cultural representado por la *cerámica excisa*, cuyos vasos se caracterizan por una decoración geométrica labrada en el barro fresco, mordiendo en él con la punta de una hoja cortante. Esta cultura, que se ha atribuido a los «celtas» del Hallstätt, parece que penetró en la Península por los Pirineos occidentales, deslizándose después, principalmente, por el valle del Ebro. Sus más importantes testimonios se han hallado hasta ahora sobre todo en el valle del Ebro, en la región de Soria, en las cercanías de Avila y Madrid y en el N. y Centro de Portugal, al N. del Tajo. Probablemente tuvo una extensión mayor que será confirmada en el futuro. A esta nueva oleada se adjudican los *pelendones* y *berones* de la región de Soria, los *cempsí* del SO. de la Península, los *sefes* del NO., los *turones* (turolenses), y algunos otros reconocibles por la toponimia.

Los celtas del siglo VI.

Parece ser que en el siglo VI tuvo lugar la llegada de los «celtas» propiamente dichos. Esta aportación étnica debió de ser la más importante y la más decisiva en la formación de los ingredientes raciales históricos del pueblo español. Por lo menos «celtas» son llamados aquellos elementos «no ibéricos», «no indígenas», con que los historiadores y geógrafos griegos y latinos se tropiezan en la Península a partir del siglo IV antes de J. C. Son los *keltoi* de los helenos y los *celtici* de los romanos. Su presencia en España, cualquiera que sea el sentido que se quiera dar actualmente al término «celta», es indudable, si hemos de conceder un crédito mínimo al testimonio de los autores clásicos que pudieron reco-

nocerlos directamente en su tiempo, no sólo en España, sino fuera de ella. Esta gran aportación étnica, y por supuesto lingüística, estaba informada principalmente, a lo que parece, de *belgas*. De ellos pueden ser testimonios los *arévacos*, *belos*, *tittios*, *suessiones*, *autrigones*, *caristios*, *nerviones*, *vacceos* y otros, adivinables en la toponimia menor antigua y moderna, pero de probable origen antiguo.

La llegada de estos nuevos ingredientes centroeuropeos trae a la Península un conjunto de factores culturales típicos de la llamada cultura del Hallstadt, correspondiente a la primera fase de la Edad del Hierro del Centro de Europa. Su llegada a España no es, dentro del ámbito general de la Historia, sino un episodio parcial del gran movimiento de los pueblos célticos del siglo V al III antes de J. C., que tras anegar el N. de Italia (Gallia Cisalpina) y saquear Roma (387) entran en Macedonia y Grecia (Delphoi, 279) y llegan al Asia Menor (los *galatái*), donde son detenidos y parados por los reyes de Pergamon, que obligaron a los *galatái* a fijarse en lo que luego fué la *Galatia*. La lingüística nos dice, además, que estos celtas llegados a España pertenecían a la rama goidélica.

La «celtización» de España.

Las diversas aportaciones de sangre indogermánica, singularmente la última, la de los llamados por los textos «célticos», influyó de un modo decisivo y rápido sobre la primitiva capa étnica indígena (donde ya había ingredientes similares desde el Paleolítico). Este sustrato racial, que pudiéramos llamar «autóctono», debía de ser, a la llegada de los «precélticos» y «célticos», muy escaso en número y densidad. Además vivían en un ambiente cultural muy retrasado y arcaico, que conocemos aun muy mal, pero que muestra, aparentemente, tener sus raíces todavía muy metidas en la Edad del Bronce.

Dado este estado previo de cosas, las aportaciones culturales de los nuevos ingredientes centroeuropeos eran, pues, aunque bárbaras todavía (en relación con la cultura que gozaban los pueblos «ibéricos» de la costa y de Andalucía, teñidos ya fuertemente por el «clasicismo» mediterráneo de púnicos y griegos), mucho más avanzadas que las de los indígenas a los cuales se superpusieron. Ello explica que estos últimos acabaran por incorporarse, más o menos pronto, a las nuevas corrientes culturales. De este modo se debió lograr aquella relativa

uniformidad que, a partir de los siglos v y iv, se va observando en todos los hallazgos arqueológicos oriundos de las regiones afectadas por la penetración de los elementos raciales nuevos.

Tales hallazgos tienen en sus comienzos un marcado sello «hallstático» que, poco a poco, fué sufriendo una transformación dentro del ámbito peninsular, dando así origen a tipos particulares de evolución puramente indígena. De este modo creóse en España una cultura peculiar, independiente, aunque entroncada por sus orígenes—sobre todo en sus comienzos—con la «hallstática» centroeuropea, de la que era originaria. Esta «facies hallstática peninsular» florece en el centro de España desde el siglo iv a la conquista romana, mejor aún, a la romanización de España. Va desapareciendo lentamente a medida que Roma va extendiendo sus dominios por la Península. Dura, pues, más allá donde la romanización llega más tarde. Es decir, en Portugal y en Galicia. Esto condujo al fenómeno de que cuando la fase cultural centroeuropea llamada del Hallstadt había cedido ya, en la Europa Media, el paso a otra nueva fase, la llamada de la Tène (coloreada fuertemente por aportaciones mediterráneas), es precisamente cuando en España se desarrolla la cultura céltica derivada de la fase «hallstática», razón por la cual se ha designado a esta modalidad, puramente hispánica, con el epíteto de «posthallstática».

La arqueología y la lingüística están conformes con los datos históricos, por lo menos en sus líneas generales. Del conjunto de estos testimonios resulta claro que a una población indígena, de fondo racial «ibérico» en lo fundamental, se superpuso una población allegada del centro de Europa y formada, en sustancia, de elementos «centroeuropeos» (ligures, illyrios, celtas), que, a la hora en que empiezan a hablar claro los textos y la arqueología, parece que se distribuyen por el centro de la Península (las dos mesetas), Aragón, Portugal y Galicia, con pequeños enclaves en Andalucía, Levante y Cataluña.

Persistencia del elemento racial indígena anterior a la llegada de los celtas.

Tales aportaciones centroeuropeas venidas después del año 1000 antes de J. C. no aniquilaron, no borraron, a la población preexistente. Esta, de un modo o de otro, debió de continuar actuando, viva y fecunda, como factor sanguíneo de una lenta fusión, de una asimilación,

de una aglutinación racial unitaria, imprimiendo en la cultura de que eran portadores los ingredientes étnicos recién llegados del Centro de Europa, un matiz especial que es el distintivo arqueológico que hallamos bien expreso en sus restos arqueológicos a partir, por lo menos, del siglo IV antes de J. C.

Vuelvo a insistir en lo que ya expuse hace casi dos lustros³: que los testimonios de aspecto «céltico» (en general «indogermánicos» o «centroeuropeos») que encontramos por doquier en la arqueología, la toponimia, la antroponimia, la teonimia, etc., etc., del Centro de España, en Portugal y el N. y NO. de la Península, no son sino el resultado de la contaminación étnica, pero sobre todo cultural, de los «celtas» invasores. Estos, como vehículos que fueron de una civilización más avanzada, llegaron a imponer su onomástica, su religión, su toponimia, sus usos y, quizás, su lengua, a los pueblos indígenas preexistentes en los lugares donde se fijaron como elementos dominadores. En los territorios donde lograron fijarse debieron formar una aristocracia militar y religiosa que, como tal, acabó por dictar a los dominados sus modas y modos, sus usos y costumbres.

Esta preponderancia—concluíamos—se explica porque los «celtas» trajeron el hierro cuando los indígenas, sobre los cuales se superpusieron, vivían aún una civilización arcaica, del bronce, muy retrasada con respecto a la céltica.

Aquí acaeció lo que en la época romana fué caso frecuente, es decir, una «extranjerización», en todos los aspectos, del pueblo dominado. A nadie se le ocurriría decir que, puesto que hacia los siglos II o III de la Era, la onomástica, la civilización, las formas de vida, el culto, parte de la toponimia, parte de la teonimia, la arqueología monumental, etcétera, etc., son romanas, griegas u orientales, la población hispánica de aquellos siglos había de ser, por fuerza, venida directamente de Roma, de Grecia o del oriente grecorromano. Esta misma observación cabría hacerla respecto a los visigodos o los árabes.

Los pueblos invasores—no se olvide este axioma—suelen ser, con respecto a los invadidos, una minoría racial constituida, principalmente, por hombres (sin hembras), que se instalan, como señores, en las capas superiores de la administración, de la milicia, del gobierno, constituyendo una aristocracia regente, que imponen sus usos, costumbres, religión, y a veces también su lengua, a la capa dominada, mucho más

3. «Emerita» XI, 1943, 430.

densa. Tal imposición es sólo superficial, anecdótica, sin que afecte sustancialmente al contenido sanguíneo, o racial, de la capa inferior dominada. Este fondo racial incontaminado, étnicamente hablando, suele absorber y digerir, a la postre, a los dominadores que, por ser numéricamente y racialmente más débiles, dejan, a la larga, de existir como unidad étnica pura e independiente. Desde un punto de vista genético, en estos casos, la aristocracia dominadora está ya formada en su segunda generación por elementos mixtos, producto de su alianza sanguínea con mujeres indígenas, generalmente oriundas de la aristocracia preexistente y dominada. Las capas inferiores continúan siendo étnica, cultural y lingüísticamente consideradas, las mismas que antes eran, sin alteraciones sustanciales.

